

AL PINTOR DON MANUEL RODRÍGUEZ

Estuve contemplando, recreándome en sus pinturas, fui perdiéndome en un mundo de sueños, como Alicia accedí al país de las maravillas, con falta de tiempo para distinguirme de la realidad, para asimilar.

Ya no pensaba, no estaba, existía.

Me fui despacio, caminando extraño, el cielo parecía repleto, miré arriba y... un copo, otro, y así hasta mil puntitos blancos. Desperté, comprendí sus colores, su geometría, su amor por la Tierra, sus ojos de relojero escudriñando el tiempo, desafiándolo con espontaneidad, con minuciosidad para desentrañar sentimientos, emociones, con símbolos nacidos de sus manos, del mundo propio que envuelve su mirada.

Y nuestros ojos son regalados con la invención de su personalidad, con pinceles exhaustos de creación, con colores que juegan al escondite entre telarañas de imaginación.

¿ Por qué nos conmueven, nos llevan a recuerdos casi olvidados, sus líneas armoniosas que forman lágrimas con sabor a eternidad ¿ Porque Manuel es un niño.

Un niño que llora la injusticia, que suplica amor, que en su ansia de libertad va vaciando rejas, en paz, siempre en “ pax “, rodeado de cielo y mar en calma.

Un niño maduro, criado a ras de tierra, que ha sorbido el desasosiego y quiere abrirse paso desde su atril manchado de colores entusiasmados, en los que se vislumbran trocitos de esperanza.

Pero niño, niño al fin y al cabo. Ingenuidad frente a vicio, vanidad e insolidaridad. Pinceles iniciáticos que como el Génesis nacen de la nada, con gotitas, de nieve, de estrellas, de lágrimas.

Versos ocultos en azul. Verde de plegarias. Compasión que discurre por las profundidades del alma, raíces al descubierto como pieles curtidas, árboles que suspiran elevándose hasta el cielo, que ruegan.

Y Manuel sueña...de rodillas, despierto.